

poesía: "el muro es tan alto/como el destino del hombre;/ pero el hombre y la muerte/caben en un solo guante". No hay duda que ha comprendido la realidad de su tiempo y se sumerge en un periplo vivencial que quiere pensar en regiones inesperadas: "Cómo escapar del ser/Encerrada en lo que soy,/juego a ser/mi propio títere,/pero, al aislarme de mí/dejo/de ser mi condición". Más tarde, en los poemas de *La Ciudad y los Signos*, busca enfrentamientos decisivos con la metafísica en pos de una entidad que para ella se abre distinta cada mañana y choca una y otra vez contra el cristal de la materia: "¡Oh, dominguera! ¡Seca higuera sin flor,/púber gastado!/¡Cuánta sopa en un hueso!/ ¡Cuánto perro colgado de tu noche!".

Esta poesía tiene, también, otras insistencias y afanes. Uno de ellos es el de restablecer los valores de hoy con los de otros tiempos por medio del instrumento de la contemplación y la evocación. María Silva Ossa lo entiende así en sus inéditos *Poemas de Londres*. A través de ellos la vemos hundida en una realidad más inmediata, entre un alrededor fascinante al que por otro lado se agregan los recuerdos, la existencia y conciencia de la temporalidad humana, esas destilaciones opresivas de la interioridad, de la metafísica. La poetisa al contar lo que ve no logra evadir la aventura de los hechos, la de sus memorizaciones que, como señales predilectas, la siguen en una armonía que se anuda a la memoria. En uno de estos poemas londinenses se dejan ver algunos otros contornos de la existencia: "Ahora comprendo la nostalgia/al separar mi tiempo/de tu fina materia".

Este *Tiempo de Poesía* ha dado lugar para actualizar y seguir profundizando interpretaciones sobre una poetisa y un poetizar en que, como pocas veces, la radicalidad más visible se encuentra en el sentimiento de ternura y en la constatación del amor humano —que a veces revela síntomas de exaltación mística— en aclimataciones que no es común observar muy a menudo.

ANTONIO CAMPAÑA

<https://doi.org/10.29393/At451-29UPAC10029>

UNIVERSO PRIVADO

De *Luis Merino Reyes*

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1985

El primer libro poético¹ de Luis Merino Reyes se publica, precisamente, cuando estalla la guerra civil española. Es la impronta que va a marcar la obra de no pocos poetas y narradores chilenos nacidos entre 1910 y 1920. El problema de España, casi tan nuestro como el de los propios españoles, se sitúa dentro del hombre americano y le traspasa sus acontecimientos y significaciones en una estrecha relación de angustia existencial. Esta correspondencia los acerca a una realidad inmediata en cuanto individuos e intérpretes

¹*Islas de Música*, Ed. Nascimento, Santiago, 1936.

de un universo convulsionado. No obstante, hace años, al revisar una antología poética del autor observamos, tal vez porque en el fondo queríamos que así fuera, impulsos y vinculaciones con algunos momentos de la poesía francesa, curiosamente con Valery. Decimos curiosamente pues no salta a la vista una identidad de valores entre ambos. ¿Cómo y por qué se produce entonces esta impresión nuestra? Pensamos que es por algo muy simple: por la desvinculación que presenta la poesía de Merino Reyes con la de otros exponentes de su generación, quienes se acercaban o preferían las vertientes del neorrealismo garcía lorquiano, una especie de avalancha poética de aquel momento. El hecho concreto es que el poeta traía una dignidad natural situada al lado del clacismo, pero que a la vez quería reventar esa envoltura. De ahí que al hacer estas interpretaciones se nos pudo hacer presente la *Joven Parca* y su eslabonamiento instrumental al lado de su poesía. Pero, repitamos, sólo como una oposición a la delectación en boga, tal cual una situación de rebeldía contra lo que a otros —muchísimos— se les había subido a la cabeza.

Por otra parte su desapego por las formas superrealistas, otro de los grandes lineamientos de ese tiempo y que aún en no pocas partes sigue su influencia en la producción poética, nos daban a conocer también un no disimulado impulso o deseo de adherirse a ciertas realidades que estuvieran más allá de unas estructuras epocales de lenguaje. El obstinado rigor intelectual del poeta era otro de los rasgos que no es posible olvidar en este arte en que su vinculación con la materia resulta primordial. Entre los poetas de su generación —la del 38— a los que no pretende seguir la corriente, lo que ya hoy es una virtud que debe ser debidamente apreciada, está, pues, el rechazo por la moda imperante y su penetración ardorosa ante las realidades de la vida particular y general. En suma: una necesidad vital de comprender e interpretar las significaciones de su tiempo como debe ser: desde su propia individualidad.

La naturaleza notable de estas conexiones con los hechos del mundo que el poeta muestra en sus hábitos es la que adquiere una autenticidad plena, una solidaridad de bríos personalísimos frente a las cosas pero, al mismo tiempo, ante el sentimiento amoroso, ante los goces, el odio, la mala fe, la cobardía dogmática, la angustia que lo sobrepasa al tentar esa íntima realidad terrestre. Estamos casi en medio de un cartesianismo de contingencia plena, de una dignidad que no pretende las cosas traspuestas sino las que se encuentran en su verdadero lugar. Las relaciones que pudieran formarse tras las corrientes intemporales se mellan así ante esta personalidad que sabe inaugurar su propio linaje adentrándose en sí mismo y acercándose a los demás.

Este intento inicial en la obra de Luis Merino Reyes por ir tras verdades de identidad, se observa nuevamente nítido en la realización de este *Universo Privado*. En él vemos como las asociaciones con una realidad interior o más profunda crean comarcas líricas sorprendidas al ligarse con aquellas otras que nos llegan desde una disección objetiva de la materia. De ahí que no sea fácil precisar si estas últimas etapas de la poesía de Merino Reyes, en que el brío de sus primeros aciertos se mantiene aun cuando se muestra más mesurado y mucho más vinculado al destino de su época, se desliguen o separen de la poesía de sus primeros libros. Nosotros pensamos que no, que ambas épocas se entrelazan, que el cordón umbilical no se ha cortado sino que al crecer se ha ido

robusteciendo junto al apoyo de la plenitud. En este *Universo Privado*, está claro cómo ciertos actos de la acción o de la contemplación son las opciones que en su visión existencial de la vida el lírico levanta como patrimonio permanente.

El poeta asume su responsabilidad con la audacia del hombre que tiene la obligación de recorrer caminos fundamentales y tomar como tal el puesto a que lo destina la sociedad. Y sus intentos por perforar esa realidad existencial que lo rodea se produce con una fluidez de movimiento que lo determina a situarse adentro de él como conducta inamovible. En *Contrapunto* nos dice: "Esta vida doble y atroz/ que extenúa hasta el desprecio;/ me echo de espaldas en mi cama,/ quebrado en las rodillas/ y no oigo ni miro/ cuando conducen a mi amigo/ a su tumba, ni cuando lo emparedan/ para que no le roben su ropa/ ni la antigua y milagrosa medalla/ que se llevó sin decirlo,/ sobre el pecho". Aquí hay otros trazos de vida que se levantan como una insistencia de inmediatez, de esa porción en que la realidad es vista a través del sentimiento, pero al mismo tiempo como una evocación que ha sido hecha en el momento del suceso, el que, finalmente, deviene en soledad, en un vértice sencillo pero dramático.

El poeta, junto con ir al lado de las cosas simples, no quiere olvidar ni por un instante el instrumento que le ha sido legado para observar el desarrollo de los acontecimientos. Así éstos, aun cuando lleguen desde afuera, se someten al ritmo de su vida como para probar la permanencia de su pulsación. La obligación del lírico de ver los hechos con sus propios ojos y poetizarlos de acuerdo a las formas que él descubre, se cumple en *Universo Privado* en un tramo ascendente. Y lo que quiere ser más que nada poesía testimonial se implica, también, de otras manifestaciones de vida, las que lo conducen hacia los temas que le recuerdan sensaciones de dichas, de nervios trenzados, de penas que trasladan sangre porque la evocación de estos hechos le arrancan una angustia rebelde y dramática. Buen ejemplo de ello es el soneto *Hoy*: "Hoy que estás a mi lado, enferma y sola,/ con trizas de los hijos y las penas,/ te siento refluir como una ola/ volcada en la tibieza de mi arena./ Te oprimó juvenil entre mis brazos,/ despierta con mi fuego; hecha latido/ con la inútil urgencia de mis pasos,/ marchita de flacura con mi olvido./ Tal vez nunca salí del inasible/ reducto de tu voz asordinada,/ del ara de la diosa y la devota./ Imaginé tu orden. Fui el sirviente/ que no podría hablarte en tiempo ido,/ sin derrumbarse en tu frontera rota".

En *Infidencia* esta holgura del propio camino recorrido es otro resumen de la familiaridad con que el poeta evoca simbólicas significaciones: "Pocos lo saben, tal vez, todos lo saben,/ he huído de mi prisión y es imperioso/ dialogar con los hartos y sus fieles,/ acertar con la cifra, con el rumbo de la mosca".

La poesía no tiene leyes trazadas en su campo de fuerza aun cuando haya mucho de cierto en aquello de que su esencia es el hombre impresionado por la naturaleza. En el caso de *Universo Privado* esto se cumple con gran descarga natural y, además, dentro del sentimiento de solidaridad que rompe la apariencia y da forma a esta cadena de emociones que tienen su centro en el torbellino de la existencia del poeta. De ahí que una pasión general y particular rodee el conjunto de la obra. Sus reacciones frente a los sucesos en que la vida lo envuelve buscan salidas en las vivencias recogidas o en analizar tiempos desdeñables como en este hermoso soneto *El Nazareno*: "Josefo te historió: varón

de tez morena,/ giboso, rostro largo, tres codos de estatura,/ la ceja agavillada sobre la vista dura,/ el escaso cabello en revuelta melena./ Mas el tiempo que pule con su paciente arena,/ te modeló entre sueños de suave arboladura,/ te imaginó enjugando los pies en la hermosura/ derramada y fragante de la fiel Magdalena./ Nadie recuerda ahora que dijiste: "Yo corto/ con mi espada desnuda: no traigo paz, soy guerra",/ y hasta el rico se cree tu amigo y te venera./ Sólo en el gris tugurio del pobre entumecido,/ se asoma sin heraldos tu perfil afligido/ y tu voz redentora musita tal cual era".

La autenticidad con que Merino Reyes expresa los actos de solidaridad con el hombre que sufre diferencias aberrantes, esta obligación de pertenecerse al otro como operación vital, es otra de las constantes expresivas del libro. Y aun cuando el poeta es un hombre que no se deja emparedar este flujo que sobrepasa su propia pertenencia denuncia cualquier situación que impida el regocijo de vivir, de ser auténtico. Este movimiento instintivo que quiere rechazar la tristeza se eleva en una plegaria anónima en el poema *Muerte de Pablo Neruda*, de rasgos y tensiones laceradas que encarna un acontecimiento, un homenaje al amor humano, a aquello que el hombre por naturaleza sabe pero que necesita volver a señalarse una y otra vez como hecho irremediable e insustituible: "El que vino a morir desde la seda/ a la lengua salobre de su isla/ y mensuró todo el nocturno sueño/ de la luna aplomada en su provincia;/ el que auscultó las piedras y la olas/ y la arena finada y el respiro/ del hombre sin fronteras,/ estaba allí tendido,/ yacente como río congelado,/ lucero fulgurante,/ descendido".

Merino Reyes nos ha mostrado como un *Universo Privado*, al abrirse a los demás, expresa casi siempre una afirmación de novedosa complicidad con el hombre en su naturaleza más amplia.

ANTONIO CAMPAÑA

PUREN INDOMITO

De *Diego Arias de Saavedra*

Biblioteca de Autores antiguos chilenos

Biblioteca Nacional. Universidad de Concepción.

Seminario de Filología Hispánica. 816 páginas.

Por muchos años y debido principalmente a la edición realizada en 1862 por Barros Arana sobre la base de una copia de un manuscrito existente en Madrid, el vasto poema en octavas reales *Purén Indómito* fue atribuido a Fernando Alvarez de Toledo, sevillano avecindado en Chile el año 1583 hasta su muerte, medio siglo más tarde. Algunos eruditos, como Aniceto Almeyda, discutieron esa paternidad y, tras minuciosas investigaciones, pudo establecerse con certeza que aquel poema épico, descendiente literario y más bien menoscabado de *La Araucana* de Ercilla, era obra del soldado Diego Arias de Saavedra, llegado a Chile en 1590, alcalde de Chillán en 1599 y testigo de uno de los más grandes y aciagos alzamientos indígenas.